

EDITORIAL

El 11 de septiembre del corriente, más allá del despiadado e irracional acto que segó la vida a innumerables inocentes, hizo eclosión una confrontación brutal, descarnada y sobrecogedora entre dos realidades humanas.

Por un lado de esta confrontación, se encuentran las sociedades, en las cuales, el común de sus integrantes tiene acceso a los niveles básicos de salud, alimentación, educación, vivienda y trabajo, practica o profesa libremente cultos y creencias religiosas, tiene derecho a los principios básicos de justicia en su sociedad, tiene acceso libre a la información veraz o manipulada proveniente de las más diversas fuentes. Maneja o utiliza herramientas y tecnología de alto nivel en beneficio propio y de su grupo. Estas sociedades se caracterizan por ser participativas y la escogencia y permanencia de sus líderes depende en gran medida del consenso de la sociedad. Estos grupos sociales se desarrollan obteniendo mayores beneficios y racionalizando sus niveles de crecimiento.

Por el otro lado, se encuentran aquellas sociedades, en las cuales, el común de sus individuos, carece de los niveles básicos de salud, alimentación, vivienda, y trabajo. En la mayoría de los casos, sus integrantes, solamente acceden a una instrucción arcaica, mediatizada y manipulada, de carácter religioso o sectario, que además, es origen y fin de la justicia que al nivel social, económico y político se imparte en estas sociedades. El acceso de estos grupos a la información es muy limitado y en la mayoría de los casos manipulado por una sola fuente. El liderazgo en estas sociedades es comúnmente ejercido mediante tiranías, gobiernos de facto o sistemas feudales, sin embargo, son sumamente inestables y constantemente amenazados o coaccionados por facciones radicales. En general, son sociedades fanatizadas que tienden a involucionar a niveles sociales más bajos y a compensar la calidad de sus individuos con la cantidad de los mismos mediante un crecimiento poblacional incontrolado.

No nos engañemos, al pensar que las desigualdades sociales, económicas y políticas entre estas dos sociedades humanas, pudieran significar el triunfo fácil del primer grupo descrito aquí. La realidad cruel es otra y de una u otra manera nos incluye y nos afectará a todos, aún, a pesar de que pudiéramos sentirnos ajenos a los grupos enfrentados.

En este inverosímil y bizarro conflicto, las sociedades más desarrolladas deben entender que la otra parte esta conformada por seres humanos que aspiran a los mismos derechos y garantías de las cuales, gozamos nosotros. Que el terrorismo es una forma aberrante, monstruosa y desviada de reclamar los derechos civiles de los pueblos, llevada a cabo por mentes fanatizadas carentes de principios éticos y de medios distintos a la agresión para sustentar sus ideas. Hay que entender que las sociedades y los pueblos no pueden tener actitudes ni definiciones ambiguas ante el terrorismo, apoyando a unos por interés de perjudicar a otros. Tan terroristas y asesinos son los grupos paramilitares que matan a 32 campesinos, como los guerrilleros que dinamitan un centro comercial en algún lugar de nuestra América. Tan criminal e irracional es el grupo que secuestra y mata a un grupo de atletas en una olimpiada como los neonazis que queman viviendas de inmigran-

tes en algún lugar de Europa. La mejor forma de hacer libre a un pueblo es mediante la educación y eso lleva mucho tiempo. No olvidemos la gran lección que nos dejó Mahatma Ghandi al liberar a su pueblo del colonialismo por medio de la "resistencia pasiva" y no olvidemos tampoco que Ghandi fue asesinado por un fanático terrorista.

*Antonio Breña Noguera
Profesor Asociado
Centro de Estudios Biomédicos y Veterinarios
Universidad Experimental Simón Rodríguez*